

CALCHAQUÍ

Y LA

Epopeya de las Cumbres

POR

ADÁN QUIROGA

LIBRO I

- I. Importancia de la historia catamarcana.—La tradición calchaquí y la epopeya nacional.—La musa de los recuerdos.—II. Orígenes calchaquinos.—La raza de las cumbres.—III. Rastros araucánicos.—Comparaciones filológicas.—Posibilidad de una irrupción araucánica.—IV. Las lenguas extintas.—Kakan, araucano, lule ó tonocote.—V. La lengua keshua.—Su estructura artística.—Formas gramaticales.—VI. Las tribus tucumanas.—Calchaquies.—Diaguítas y Xuries.—VII. La historia de las razas.—Una opinión de Sarmiento.—VIII. La montaña y el genio de la raza.—El Ambato y Anconquija.

I

He dedicado mis esfuerzos á estudiar la vida y la muerte de la raza que habitó las montañas de nuestro país. El trabajo ha sido más que penoso, porque del pasado solo quedan fragmentos truncos: el rastro de la planta calchaquí en la tierra catamarcana, los restos aún visibles de fortalezas y pucaraes, las huacas con el esqueleto convertido en polvo, la crónica con páginas de hielo, la tradición con vagas claridades.

En el seno de esos montes gigantescos; en las hondonadas de esas montañas, que atraviesan el suelo de la Provincia, y que espacian en el cielo sus cabezas blanqueadas por la nieve de los inviernos; en esas quebradas donde corre el torrente virgen y mora el cóndor; en esas colinas siempre verdes, los

tiempos han escrito en cada roca una epopeya *homérica*, cuyos cantos, esparcidos á los cuatro vientos, se han perdido, desde que cesó el estrépito, de hora á hora y de minuto á minuto, de las armas del castellano, que apuntaban al pecho de la raza indomable, jamás sojuzgada sinó por la muerte, que dejaba una mancha de sangre en cada piedra y abría una tumba en cada pedazo de tierra.

Es tiempo ya de descorrer para siempre el velo que cubre, como una espesa neblina de la cumbre, la tradición de las montañas. El historiador puede recorrer las sendas aún visibles, y entregar las rutas desaparecidas al poeta, quien se guiará por los rumores no estinguidos, por las voces confusas que se oyen de cuando en cuando, por los ayes lastimeros que brotan de los sepuleros. Si los historiadores pueden poco, los poetas lo pueden todo. Cuando la historia calla, la poesía tiene cien bocas.

La historia de Roma primitiva, envuelta en el misterio, velada por los siglos, rodeada de impenetrables nieblas, ha sido, sin embargo, escrita con los despojos de la tradición, la leyenda y la fábula. Y, cosa singular es que, de esa leyenda y de esa tradición populares, fantaseadas por la poesía y más aún por el tiempo, haya surgido la realidad de las cosas, el génesis de la verdad histórica. ¿Quién, para comprender el génio romano, puede olvidar á la loba que alimenta y nutre al fundador de la ciudad eterna? ¿Quién que conozca el genio romano, no hallará admisible que el dios Marte engendrara en el seno de la Rea Silvia á ese Rómulo inmortal á quien la historia recibe con los brazos abiertos? La pujanza de aquel pueblo— César, que tuvo suspendida el hacha de sus lictores sobre el mundo, no ha podido tener un origen más naturalmente lógico y real. El César de la leyenda histórica no ha debido mamar en pechos de muger, aunque en la leche de las severas matronas estuviera el gérmen de las grandezas futuras, y aunque hubiera estrujado esos pechos la boca de aquel Catón que insulta á Cartago, y de aquel Régulo que pronuncia su sentencia ante el Senado de los viejos de barbas blancas.

Del mismo modo la leyenda es el génesis luminoso de la historia de Grecia. Los demás pueblos han nacido en la misma cuna.

El Cid Campeador es el génio castellano. Las Galias han sido también engendradas por la leyenda, y la primera escena de sus tragedias comienza en la resistencia á Roma, cuando el César, bebiendo el licor de las glorias escucha en la ebríe-

dad de los banquetes algo como el rumor de las futuras diadas de Austerlitz y Gena. En la leyenda germánica, en la infernal algarabía de sus brujas cabalgando en escobas, en su religión llena de misterios tenebrosos, en sus tradiciones vagas y nebulosas, está toda la historia de este pueblo fantástico, soñador, místico, incomprensible, que á fuerza de crear raya en lo sublime en Goethe, no se entiende á sí mismo en Kant y está atacado de enagenación mental en Fitchc.

En Grecia todo lo que es fábula es realidad, y desafiaría á cualquiera que dijese lo contrario á encontrar un parecido entre una escena del Olimpo y un acontecimiento verdaderamente helénico en el teatro de los sucesos humanos. Júpiter, es guerra, ira, rayo, tempestad, y por eso tiene parentesco de consanguinidad con los Hércules y Teseo de la mitología, el Atrida Agamenón de la fábula histórica, el Aquiles de piés ligeros de los rápsodas; de la frente luminosa de Minerva han surgido, como los héroes de la cabeza de Brahma, los Solón, Licurgo, Sócrates y Platón; Vulcano, el dios-histrión, se parece á aquel bufón de la guerra de diez años, reconvenido por el sábio de Pylos; Apolo centellea en cada estrella del cielo helénico, resplandece en cada aurora del Himeto, murmura en cada ola del Arethusa y sourie en cada verso de Erina; Vénus, como hermosa ideal, comprende á Phidias, Homero y Píndaro: Phidias traza en el mármol su desdén olímpico; Homero es todo lo soberbio y épico de su hermosura, que la diosa de los tálamos y las nupcias recibe también heridas en los combates, y brota de sus venas la sangre «como fresco rocío»: Píndaro es el acuto adormecedor de la diosa del mar, cuando colocando la cabeza escultural de cabellos desflocados en las rodillas del Dios máximo, lo contempla con sus pupilas que abarcan lo inmenso y lo distante del océano, hasta desvanecer el ceño de Jove iracundo, ante el cual «retemblaba el Olimpo». Y esa misma similitud aparece en la escena y en los actores de los dramas del cielo y del mundo, inclusive la venganza de Júpiter por los amores impúdicos de Vénus y Vulcano, que tienen su reproducción exacta en la tierra en los diez años de desagravio de Menelao rotando á Priamo y París ante los muros de Ilión.

Errados, más que errados, van los que imaginan, entonces, que la leyenda es fantasía pura, y que siempre la fantasía y la verdad histórica se repudian.

Cuando en las eras prehistóricas una débil luz ilumina los grandes acontecimientos; cuando la hilación de los sucesos

desconocidos se pierde; cuando se borran hasta las inscripciones de las tumbas, y el tiempo derrumba y amontona en un solo escombros templos, y estatuas, y dioses, ó aumentan al revés las grandes acciones, los grandes triunfos, las grandes catástrofes, convirtiéndose en epopeya lo que era historia heroica, el cronista juega un rol secundario, para dejar el campo al poeta, que con un solo golpe de vista hace la claridad en la conciencia de los hechos pasados. La misión del poeta no es, entonces, como muchos piensan, introducir la confusión á la historia, que, librada á sus propios elementos de investigación en los tiempos que se han llevado hasta el recuerdo, nada puede por sí sola. Los cantos de la epopeya tienen, forzosamente, que llenar sus capítulos en blanco. No son cronistas, sino rapsodas y poetas los creadores de la historia griega y romana. A Tácito y á Tito, escribiendo la historia, hubiesen escapado siglos de acontecimientos sin el auxilio del poeta, como escapan al astrónomo á cada instante planetas llenos de luz, de movimiento y de vida, sin el auxilio poderoso de los modernos telescopios. A Homero está reservada la empresa de la historia de las proezas griegas ante los muros de Ilión.

Lo propio acontece con el génesis de los acontecimientos americanos. Los *amautas* y *haravees* han sido los Homeros infantiles de nuestra América, y todo lo que la tradición continental tiene de hermoso y de clásico es obra exclusiva del génio poético que á aquellos ha guiado. La historia, después, con los cronistas á la cabeza, no ha hecho sino recoger en las páginas heladas de sus obras todo lo que la poesía había creado en los abismos caóticos de la historia de la América precolombiana. Pero la empresa era gigante para los haravees y los amautas, y preciso es que el génio fecundo de los Homeros complete las creaciones, llene de luz los abismos tenebrosos de siglos y siglos, y apoderándose de los rayos dispersos, de las tradiciones y leyendas esparcidas y diseminadas por aquí y por allá, concentre en un solo foco todo: el poeta será el creador y el poema el sol, centro de todas las creaciones de su espíritu divino.

Preciso es también buscar y encontrar á los viejos amautas y arrancarles los tesoros de su ciencia; preciso es desenterrar desde el vaso sagrado hasta el último de los ídolos, á fin de darnos una idea de la mitología americana, que tan rica debe ser en poesía, dado el espíritu supersticioso y perspicaz del indio, así como lo magestuoso de la naturaleza, lo profundo y azul del cielo. Preciso es saber de esos cantares de

los haravecs, ora épicos, para alabar las hazañas de los héroes, ora místicos para entonar alabanzas á las divinidades, ora suaves, melancólicos y cálidos, impregnados de amor y sentimiento, con los perfumes de las flores del aire.

En cada uno de estos pueblos, como el catamarcano, centros de la epopeya americana, vemos de cuando en cuando rastros de luz, que desaparecen vertiginosamente en la tiniebla histórica, como esas exhalaciones súbitas y repentinas, que con la velocidad del rayo surcan el fondo sombrío de la noche sin luna.

En medio de las sombras, se destaca la silueta imponente de las ruinas, los restos de un palacio, los escombros de un templo, y donde quiera las piedras amontonadas de las viejas fortalezas ó las líneas de rocas que contornean un cementerio de *huacas*, en cuyo seno hay tesoros, y más que todo, secretos escondidos. Al cavar la tierra, aquí y allá, cada día se hace un descubrimiento nuevo: objetos de arte, de cerámica, de cincel, de piedra, de metal fundido, llenos de grabados, que yo no abrigo dudas de que son geroglíficos inesplicables para nosotros, pues á mi juicio no ha de tardar en descubrirse que los quichuas no solo con quípus, sino con caracteres y letras conservaban su tradición y escribían sus leyes. Los misteriosos grabados de las tinajas de tierra cocida no son, no pueden ser, simples adornos caprichosos, pues en aquellos el ojo perspicaz puede hallar relación con lo que estas contienen. En nuestro Calchaquí hay ejemplos notables de ello.

Para emprender con éxito la tarea, y á fin de tomar todo lo que se pueda de la tradición nativa, preciso es estudiar esos dioses de la América, que hasta hoy viven en la leyenda; preciso es acercarse á esas divinidades y arrancarles todo el secreto de su veneración secular. ¡Pachacamac, Huiracocha, el Inti! trinidad sublime de las deidades nativas. El uno es el alma del universo, y el otro la fantasma misteriosa, el varón venido de la mar; el Sol es el dios refulgente y es el oro «las lágrimas que llora». Es necesario conocer las divinidades secundarias, desde el lucero de la mañana, y el rayo, todo lo brillante y esplendente, hasta el cóndor Soberano y el águila de los Andes, todo lo atrevido y lo que escala alturas. Cuántos poéticos mitos, cuánta belleza en la tradición, cuántas cosas sublimes en la leyenda no han desaparecido con las razas, dejando apenas uno que otro rastro en las páginas de la crónica. ¡Y qué descuido el de nosotros los americanos, que nos compla-

ceмос en desdeñar todo lo que es nativo de la tierra é hijo legítimo de la naturaleza ó del génio de la América!

II

El más denso velo cubre la cuna de cualquiera de las razas americanas; la mayor confusión reina entre los tipos aborígenas, y la antropología, á la que principalmente están reservadas estas cuestiones, tropieza á cada instante con escollos insuperables, de modo que al alejarse de ellos para seguir la ruta de sus investigaciones, tiene que tomar por nuevas y extraviadas sendas.

Sin embargo, la antropología, auxiliada por la arqueología, vá recorriendo poco á poco el velo de la América ante-colombiana. La geología, á su vez, marchando á la vanguardia de todas las investigaciones, ha dado con más de una clave. Lo que ayer parecia hipótesis aventurada, hoy se toma en realidad.

En nuestra América hay irrupciones de razas de Norte á Sud, y de Sud á Norte; las unas han desalojado á las otras, que, ó han perecido, ó se han transformado por la cruz, después del avasallamiento.

La diversidad de tipos es un hecho constante; y los tipos craneológicos de una región van á encontrarse á centenares de leguas, en toda su semejanza y pureza primitivas. En estas regiones hay fisonomías del Norte; á su vez el tipo craneológico puro del Perú y Bolivia es el mismo que después aparece en Méjico; el Tehuelche de la Pampa puede encontrarse en otras regiones, como en la tierra de los fueguinos.

Si avanzamos más á las edades primitivas, dámonos con el inmenso pueblo de los adoradores de la luna, los caldeos americanos, los Atumrunas, de cuyo seno parece que se han desprendido casi todas las ramas de la gran familia sud-americana.

Si leemos los estudios que sábios antropólogos y arqueólogos han hecho de las razas peruanas, Humboldt, Angrand, Tschudi, D'Orbigny, Squier, Wiener, etc., la confusión se hace más grande, por la multiplicidad misma de los innumerables rayos de luz que sus observaciones arrojan, de tal manera que nos ciegan los ojos de la investigación.

¡Qué podemos saber, entonces, de la cuna de los antiguos habitantes de los valles del Nord-Oeste de la que es hoy Repú-

blica Argentina, de los famosos Calchaquíes, á los cuales recién comienza á estudiarse?

Encontrar el génesis de estas familias, desaparecidas ó muy modificadas, tarea será difícilísima para la ciencia antropológica, que en las regiones calchaquinas se dá con una craneología que varía á veces de un punto á otro, y que lo único que demuestra claramente es el origen híbrido de las razas andinas, pues mientras en Catamarca se encuentra al hombre de cráneo largo, con la deformación llamada generalmente aimará ó macrocéfala, el Huarpe de San Juan es de la familia de los hombres de cráneo cuadrado, y achatado artificialmente en la frente y en la nuca.

En nuestros calchaquites mismos encuéntranse tipos de todas ó casi todas las deformaciones artificiales.

Cuando hable, pues, de orígenes calchaquinos quiero referirme á sus orígenes más inmediatos, á fin de saber, siquiera, si la raza de nuestras montañas es originaria del país; y, caso que no lo sea, á qué familia conocida puede pertenecer, y de dónde y cómo vino á enseñorearse del país.

A este respecto, así mismo, bien poco se puede contestar, y hay que ceder mucho campo á la conjetura científica.

Puede que la primitiva nación kakana, á la que se hace figurar como oriunda y dueña de estas tierras, sea distinta de la nación calchaquí, por su origen étnico, contestura física, lengua, costumbres y métodos de vida. Es una cuestión resuelta que naciones bárbaras hicieron una gran irrupción, no hará muchos siglos. las que, á semejanza de los bárbaros que asolaron la Europa, dieron en tierra con la primitiva civilización de estos valles; que esta civilización (sea ó no kakana) fué relativamente adelantada, no hay duda alguna: las pirkas, los restos de pueblos que hoy comienzan á exhumarse, los objetos de arte diariamente encontrados, son los restos preciosos de esa civilización desaparecida, destruida por los bárbaros, que probablemente fueron los calchaquinos.

Estos objetos de arte son tan importantes, tienen tal valor comparados con otros de las antiguas civilizaciones del Viejo Mundo, que muchas veces les superan, por lo admirable de la obra artística. En una de las regiones de la gran provincia tucumana, en Santiago del Estero, hánse hecho preciosos hallazgos. En esta región, dice el Dr. Moreno, «vivió un pueblo dotado de un sentimiento artístico muy avanzado; la alfarería allí es aún mas fina, mas elegante, que las de Troya y Micenas en la Grecia antigua; sus colores persisten con una viveza

admirable». Aludiendo este mismo naturalista á las ruinas de la antigua civilización catamarcana, escribe lo siguiente, que es interesante transcribir: «En Catamarca, dice, el terreno está sembrado de ruinas; por valles, laderas y montañas no se dá un paso sin encontrar sepultada alguna hacha de piedra ó de cobre, ídolos, alfarerías espléndidas, cimientos de ciudades arrasadas, murallas de altas fortalezas».

La tradición de los valles calchaquíes es interesante en más de un sentido. Esta, por ejemplo, nos habla de gigantes venidos al país, y yo no dudo que así haya sido: estos gigantes no pueden ser otros que los *patagones*, pueblo del que hay rastros de diseminación, aunque el distinguido naturalista á quien he citado manifiesta que no pudo obtener, en su viaje á los valles cachalquíes el 76, los jalones que ligaran á sus tribus con las patagónicas, y completaran el cuadro de la vida pasada.

Distintas familias sud-americanas parece que han poblado el país.

Es de sospecharse que tribus análogas en raza á las del Chaco hayan penetrado en épocas remotas á los valles catamarcanos, y acaso dos ó más de estas tribus. La lengua kakana, sin duda, es de las del tipo de las del Chaco, familia *Abipona*.

La craneología, repito, acusa gran mezcla de tipos, y muchos de los cráneos que la tierra ha conservado hasta hoy, ostentan deformación artificial, *aimarítica* ó *puquina*. Conviene hacer notar que la palabra *Catamarca* tenga traducción aymará: *Catan*, es pequeño, y *marea*, es pueblo, como *Cajamarca* en Perú; *Machamarca*, pueblo de la cueva; *Andinamarca*, y otros.

Es indudable, de la misma manera, que se encuentran cráneos de tipos *araucánicos*. La inhumación de cadáveres en tinajas, de lo que también se han visto tantos casos en el país, es costumbre *guaranítica*, que aún dura.

Si pudiéramos penetrar el kakano, la cuestión se despejaría mucho. La famosa palabra *Titaquin*, y tres más que se conocen, inducen á creer que se trata de una lengua *caribico-abipona*.

La prueba concluyente de la diversidad de razas que han poblado nuestro Calchaquí, está, así mismo, en los nombres de los lugares, los que tienen, etimológicamente considerados, orígenes diversos, siendo un hecho evidente que responden á cinco lenguas: araucana, quíchua, aimará, tonocote y kakana, como tendré lugar de indicarlo en este libro, en repetidas ocasiones.

Tales son los datos trunco y dispersos que he podido recoger, relativos á las razas que formaron ese pueblo híbrido, de elementos heterogéneos, que habitó los valles calchaquinos.

La verdad de estas afirmaciones, así como las futuras novedades científicas en esta materia, obra serán exclusivamente de la antropología y arqueología, aquella dando vida al esqueleto de las huacas, y ésta removiendo las ruinas del gran panteón histórico de nuestras montañas.

III

Al estudiar la historia del Tucumán, y cuando necesidades imperiosas de la investigación histórica nos hacen penetrar en el laberinto de la lingüística de las viejas razas, instantáneamente llámanos la atención el hecho de darnos con marcados y visibles rastros *araucánicos*, los que indudablemente, se parecen á una nueva revelación.

Nadie aún, que yo sepa, ha examinado con ojo atento é investigador esas pisadas araucánicas, en esta tierra, tan virgen para la historia, como para el poema, como para la ciencia.

Nombres de lugares esparcidos aquí y allá, palabras del idioma usual de nuestros indios, y hasta tradiciones, al estilo de la de los quilmes de Santa María, cuya procedencia del otro lado de la Cordillera no puede ponerse en duda, díennos claramente que algo ó mucho ha tenido que hacer la cultura araucana en la formación del pueblo tucumano.

Si se comienza por la terminación ó radical *ao*, de la lengua kakana, en los nombres de lugar, que como Tucumando abundan por decenas en nuestro país, y se concluye por muchas de las palabras usuales, dámonnos con bien marcados rastros araucánicos en el idioma nativo.

La región araucánica de Patagonia, en donde el ranquel es el araucano mismo, llena está de nombres de lugar terminados en el *ao* de los nuestros. Desde luego, en el mentado mapa de Cano y Olmedilla pueden verse inmediatamente nombres como *Terao*, *Quitao*, *Quinchao*, *Ahuitao*, *Aliao*, etc., tan abundantes como en nuestra geografía catamarcana, en la que contamos, por ejemplo, con *Anguinahao*, *Fiambalao*, *Animanao*, *Julanao*, *Pilciao*, etc.

Esta notable coincidencia no puede ser una mera casualidad, y razones poderosas, vedadas para nosotros, ha de haber

que expliquen el parentesco entre el kakano y el araucano, que para mí es indiscutible.

Idéntica cosa que con el *ao* acontece la radical *huill*, terminación de una buena cantidad de nombres de lugar. De *huill*, es conocida su procedencia araucánica, y significa «aglomeración, todo,» y así *huillpan*, por ejemplo, es *sarta*, aglomeración ó acopio.

En nuestra provincia de Catamarca, especialmente, hay varios nombres de lugar que indefectiblemente son araucánicos ó están emparentados por consanguinidad con lengua de allende la Cordillera. De estos nombres citaré algunos, que aún llevan dichos lugares, casi todos conocidos de nosotros, no distantes de la ciudad de Catamarca algunos de ellos.

Nombres araucánicos son, por ejemplo: *Coneta*, *Tvpioli*, *Cigali*, *Ongoli*, *Potco* ó *Motimu*. El nombre de *Coneta* descompónese fácilmente de este modo: *Con* y *etal*, indicando *con* la idea de que «algo se pone». En *Tvpioli*, la partícula *ioli* está emparentada con otra araucánica del mismo valor. En araucano *yelu* ó *yulu* es «llevar á otro,» y *yoli*, usado hasta hoy, es una *ar-gana* en que se acarrea cualquier cosa. *Cigali* y *Ongoli*, por su terminación en *li*, acusan un origen araucánico.

En el oeste de esta provincia de Catamarca encuéntrase el renombrado valle de *Conando*, que más de una vez figura en la epopeya calchaquí; y, sin duda, ya que no tiene traducción en la lengua general del Perú, es *Conantú*, que sería puramente araucano, descomponiéndose de este modo: *Con* y *antu*: *con*, significa «puesta» ó «que se pone,» como más antes lo dije, y *antu*, tan semejante á *inti*, cuzqueño, es «sol»; de modo que el nombre en cuestión equivaldría á «sol que se pone», ó sea «valle de occidente», en un sentido más lato.

En la Rioja es notabilísimo el nombre *Arauco* (agua de la greda), cuya procedencia, á juicio de cualquiera, no puede ponerse en duda.

Con esto de nombres, que solo en araucano tengan explicación, puede uno darse en otras provincias, y en Buenos Aires hay dos notables: los de Chivilcoy y Areco.

Nada digo de la Pampa, en donde casi todo es araucánico, inclusive los nombres de dos de sus últimos caciques: *Calfurá* y *Namuncurá*.

La palabra *Pucara*, nombre genérico de las fortalezas indígenas, y nombre de la famosa antiplanicie del Anconquija catamarcano, tampoco tiene traducción quichua, mientras que en araucano la palabra puede descomponerse así: *Pu* y *cara* ó

kara: pu, quiere decir «que suben y bajan», y *cara* se traduce por «población», y al parecer también por «murallas».

Thiipan es palabra eminentemente araucana, y significa «salir». El nombre de *Machigasta*, de los pueblos de la Rioja, es araucano: *machi*, significa «médico, adivino, brujo». En el límite con esta misma Provincia, en el Pantano, hay una tribu indígena denominada *picon*, que á mi juicio es la de los *piconches*, familia araucánica.

Han sido araucanas muchas de las palabras del idioma que hablaron nuestros indios, de las cuales consérvanse hasta el día algunas en el idioma vulgar, como *cuncuna*, *hualicho*, *upite*, etc. El estudio de la lengua nos lo prueba. Razón tenía el señor Juan M. Larsen, cuando en un prólogo al «Arte General de la lengua de los Indios de Chile», del P. Andrés Febrés, ha escrito: «En cuanto á la utilidad del araucano, ó mejor dicho, su indispensable necesidad, no es menester decir que por él se explican también un sin número de vocablos de uso común, como por ejemplo: *laucha*, *guasca*, *chicha*, *chiripá*, *choclo*, *chuchoca*, *chuíño*, *chacra*, *chala*, etc., etc.»

En el diccionario de *chilenismos* del señor Zorobabel Rodríguez, están apuntadas muchas de esas palabras, de uso común.

Podría citarse una buena cantidad de palabras araucanas usadas por los indios del Tucumán, algunas de las que persisten en el idioma vulgar, bastándonos para ejemplo con éstas: *cumé*, es «bueno», y tal vez de allí viene *cuma*, «amiga»; *piéhi*, es «chico»; *michi*, es «gato»; *pirka*, es «muralla», etc. *Talca*, «liebre», en Tinogasta, sin duda que tiene parentesco con *Talcahuano*, de Chile. Lo mismo digo de *huaspana*, siendo *hua* «matz», en araucano.

Todo esto y mucho más demuéstranos que los viejos idiomas nativos de Catamarca, principalmente el kakano, están emparentados con la lengua general de los indios de Chile.

Cuanto dejo apuntado, relativo á huellas de la cultura araucana en nuestro país, coincidencia, consanguinidad ó afinidades de lengua á lengua, formas craneológicas, dicenos claramente, á mi juicio, que la raza catamarcana forzosamente ha tenido contactos con la chilena; y, no es, entonces, hipotético pensar que algunos siglos antes de la conquista castellana los valerosos araucanos invadirían nuestro país, siendo éstos arrojados posteriormente por los naturales, tal cual aconteciera con los árabes de España, ó por la irrupción calchaquí.

Esta conjetura histórica hácese más verosímil cuando se tiene

en cuenta el ódio de los tucumanos á los chilenos. Sabido es que cuando los *Quilmes* cruzaron la Cordillera, al pisar tierra tucumana nuestros calchaques recibieronlos con las armas en la mano, y que recién después de reiteradas satisfacciones dieron éstos á los proscritos hospedage en sus tierras.

Hay otro hecho histórico consignado por los cronistas, y de mucha trascendencia para el asunto: cuando la expedición incásica, los tucumanos enseñaron al Inca los caminos que conducían á Chile, ponderándole sus riquezas, con el propósito deliberado de precipitar á sus capitanes á la conquista de ese país.

Éste incidente histórico no prueba otra cosa que la pertináz odiosidad de parte de los tucumanos á los indios de Chile, sus temidos vecinos, que causas políticas muy serias debieron haber fomentado y originado, tanto más cuanto que la inmensa Cordillera separaba un pueblo del otro, como una colosal barrera de olvido á las viejas querellas.

El gran fuerte de Hnatungasta ó Troya, sin duda que esté destinado á atajar el paso á los indios chilenos. De este fuerte hablaré con detenimiento en otro lugar.

Un otro hecho incontrovertible prueba que araucanos hubo en el país: la delatación que de ello hace la craneología, la que acusa de haber esqueletos araucanos en el suelo de los calchaques.

La fundada opinión que acabo de emitir paréceme, en vista de los antecedentes que he apuntado, más aceptable que la que con este motivo emite el señor Lafone Quevedo, de que en un tiempo muy remoto existía una gran nación andina que hablaba un idioma que sería el tronco de todas estas lenguas, semejantes las unas á las otras, lo que implicaría una esplicita negación de la supuesta invasion araucánica á nuestro país. Son estas las palabras de este distinguido americanista: «A.quí corresponde hacer una advertencia: el usar la palabra *Araucano* como calificativo de idioma, de ningun modo quiero decir que los indios de Chile, que nosotros conocemos bajo este nombre, hayan impuesto el todo ó parte de su vocabulario á las naciones que hablaban la lengua del Cuzco ú otra cualquiera de las que abundan en voces semejantes á las de aquella rama lingüística; lo que yo pretendo únicamente es, que en algun tiempo muy remoto, antes que naciera la tal Lengua General en la forma que á nosotros ha llegado, existió una gran nación, que por lo menos ocupaba toda la región andina de nuestra América y hablaba un idioma que fué el tronco del que el

Cuzco, Kakan, Araucano de Chile y tantos otros dialectos eran ramas; por esto, y la proximidad geográfica se explica la comunidad de voces.»

IV

El idioma nativo, la lengua primitiva de nuestros indios, tanto del oeste de la Provincia, como de la rejión diaguita del Sud, Este y Centro, es el *Kaka* ó *kakan*.

Lengua *cacana*, *serrana* ó *montañesa*, es una misma cosa, pues que *cacá* significa «montaña.»

De esta lengua, que parece tener su origen en las del Chaco, conservamos rarísimos antecedentes, pues casi era ignorada de los españoles, ó más bien dicho de los misioneros, que son los que nos han dejado en sus crónicas luminosas casi todo cuanto sabemos de las viejas razas. Esto no obstante, el célebre Padre Techo nos ha trasmitido algunas cuantas relaciones sobre el kaká, y entre los pocos que poseían la lengua hay que recordar al P. Bárcena, quien se asegura que predicó con acierto en kaká á los indios del Alto y Ancaste.

Es verdad que casi era imposible poseer esta lengua, por las dificultades naturales de la pronunciación de las palabras; y así Lozano dice de ella, con singular exactitud, «que solo la percibe quien la mamó de leche», añadiendo que «es en extremo revesada, pues se forman sus voces en *solo el paladar*». Y, en efecto, según lo manifiestan todos, que el kakan es completamente gutural y úspero.

Infinidad de voces que hasta hoy persisten, indudablemente que han tenido un origen kakano, pues no se les encuentra significación en los otros vocabularios. Por lo menos, lo repito, la lengua kakana es para nosotros lengua casi del todo desaparecida, y solo tenemos certeza de que pertenecen á ella algunas pocas palabras.

En el idioma existen hasta hoy las siguientes palabras, por ejemplo, que muy probable es que casi todas ellas sean kakanas; aloj, ancoche, amicho, aibe,—cacuy, cachufo, cata, caranche, cochucho, cachilo, chuña, coñatero, chamisa, chumingo, chumuco, chambao, chifle, chui, chano, chango, chunchula, churqui—higüana, huairao, esturaque—lechico, lampaso—mogote, mocho, mato, moto, macal, ñanca—patay, pilcha, pingo, pita, pácara—quechupay, quillilo, quitilipe, sotreta—tuna, tashy, lolola, tucó, urqui, ulpa, ura, yuchan, y muchas otras que podría citar.

Hasta hoy existen en nuestra Provincia otros rastros indelebiles del idioma nativo. Parece que el *gasta*, terminación tonocote de los nombres de lugar, que significa pueblo, era también palabra kakana. El *ahaho*, pueblo, como el *gasta*, es palabra de esta lengua, siendo *ao* corrupción de *ahaho*, á estar á las referencias de Lozano.

Nombres de pueblos con terminaciones kakanas tenemos muchos, como *Tucumanao*, *Colalao*, *Pichijao*, *Sumalao*, *Pilciao*, *Julamao*, *Culanao*, etc.

Respecto al *gasta* hay que advertir que los diaguitas, la tribu más kakana, conserva nombres de lugares con esa terminación, lo que corroboraría lo que acabo de decir respecto á su origen kakano.

Se cree que *Coneta*, lugar distante tres leguas de Catamarca, haya sido la metrópoli cacana, y que *Ongoli*, muy cerca de ésta, perteneciera á esa misma familia.

A propósito de que muchos de estos nombres de lugar sean cacanos, y no lleven el nombre de los caciques ó gefes de los mismos, debe observarse que como el kaká desapareció con el quichua, que propagaron los Incas, y era éste el idioma de tiempo de la conquista, quichuas debían ser los nombres de sus caciques, pues que los lugares tendrían ya centenares de años de existencia, y generalmente los indios gustaban conservar los nombres clásicos, cosa que nosotros, con culpable imprevisión, desdeñamos.

El kaká tiene muchos puntos de contacto, y aún de parentesco, con el quichua y araucano, lenguas que parecen derivar, según Lafone, de algún otro idioma madre, mucho anterior á ellas. En Catamarca el kaká se inclinaba mucho al araucano, y se le consideraba con tantas semejanzas al quichua, que no ha faltado quien pensara que no era sinó un dialecto de la lengua general.

De la lengua *araucana* ya he dado todas las noticias que hacen á mi propósito, al referirme á la posibilidad de una irrupción araucánica al país.

El araucano, añadiré, está emparentado con el quichua, así como con el kakan, y algunos son de opinión que el primero de estos idiomas no es sinó el antiguo quichua mezclado con alguna otra lengua, dada la similitud entre uno y otro. A más de eso, juntos han existido el quichua y el araucano, muy especialmente en el país de los diaguitas catamarqueños.

Todos los nombres terminados en *ancu* ó *aucun*, son araucanos.

Se asegura que el nombre de *Coneta* es araucano de pura sangre: *Con*, es «puesta» (de Sol, por ejemplo), y *etad*, «mogninete»; de manera que la palabra se escribirá *Conetad*, y «acaso algún mogninete destruido ó imperfecto, ó algún adorno colocado por la primera vez, pudo ser causa porque este nombre se diese al lugar».

El *ao*, es, así mismo, araucano, y se le halla con frecuencia en las regiones fronterizas de Arauco.

«Ésta semejanza, dice Lafone Quevedo, en los nombres de lugares me llamó mucho la atención y me hizo acudir al diccionario Araucano con el objeto de ver si en esos vocabularios hallaba alguna explicación satisfactoria de muchos de los nombres catamarqueños, que se resisten á la traducción por la lengua del Cuzco. Quiso la casualidad que al abrir el libro diese con la palabra *cuncuna*, que significa *gusano*, y es muy usado en Tinogasta para expresar el insecto que apesta las alfalfas; en vano la había buscado en los diccionarios quichuas. La palabra que yo necesitaba era *Conando*, nombre que fué del valle en que refundó la ciudad de Lóndres despues que Castañeda la retiró de Quimivil; por suerte mia la hallé y con una interpretación muy completa que casi determina con fijeza la ubicación de este valle. *Conantu* en la lengua del Sud significa al *ponerse el Sol*...»

Hay, así mismo, comunidad de origen en la famosa radical *huill*, de tantísimos nombres de lugar en la Provincia.

Nos falta dar una ligera idea del idioma *tonocoté* ó *lule*, que no parece ser uno mismo.

Aunque los lules son oriundos del gran Chaco, no por eso han dejado de influir en las lenguas catamarcanas, pues que pueblos lules habitaban una porción de territorio al oeste de la Provincia, y, sobre todo, cerca de San Miguel de Tucumán. Eran fronterizos de *Talavera de Madrid* ó *Esteeco*.

Hay, por otra parte, que recordar las dos invasiones lules en el siglo pasado. El célebre Peramas refiere que en 1735 los lules invadieron las fronteras de Salta, en número de mil quinientos, y matan, á tres leguas de la Capital de la Provincia, á cuatrocientos colonos. Posteriormente, en 1740, vencen á los españoles, que tenían más soldados que ellos, arriándose mil caballos, como fruto de botín. Recién en 1752 el Padre Pedro Juan Andreu los trasladó por su propia voluntad á su vieja residencia de Miraflores.

Es de advertir que el P. Andreu era muy considerado de los lules; conocía su idioma, pues que en 1737 predicábales en su propia lengua.

El famoso Padre Antonio Machoni, autor del «Dia Virgineo ó Sábado Mariano», y rector mucho tiempo del Colegio Máximo de Córdoba, poseía, así mismo, con perfección este idioma, que aprendiera en 1711 en las misiones lules, entre cuyos indios permaneció el largo espacio de nueve años.

Machoni nos ha hecho el bien inapreciable de dejarnos su «Arte y vocabulario de la lengua Lule y Tonocoté», impreso en 1732.

Nuestro célebre P. Alonso Bárcena, mucho ántes que Machoni, en 1589, predicó el Evangelio á los lules, acompañado de los jesuitas Hernando Monroy y Juan Viana. El P. Bárcena también nos ha dejado una «Gramática y vocabulario en lengua Tonocoté».

Ya que hablo de misiones, es oportuno recordar que el siempre venerable y piadoso San Francisco Solano predicó también á estos indios del Rio Grande del Chaco, hoy Bermejo.

El lule es de los idiomas más pobres y de más difícil pronunciación.

Faltan á esta lengua infinidad de palabras en su vocabulario, y en su alfabeto son totalmente desconocidas las letras *b*, *d*, *f*, *g*, *r*. Sin embargo, tiene todas las partes de la oración; sus verbos son invariables en la conjugación, y su raíz es generalmente una *ç*. Como el quíchua, tiene algunos adverbios en calidad de particulas de ornato. Carece absolutamente de nombres abstractos. Son las interjecciones como bocablos mudos, y solo señal é índice de los afectos del alma.

Ludewig ha encontrado parentesco entre el lule y el *bilela*.

El lule es notable por sus onomatopeyas. Voy á citar algunas: *to aquelp*, agua hirviendo; *sunclouçe*, ahogarse; *nieuny*, arrullar; *ueucup*, aullar; *cocó*, bubo; *istactase*, dar palmadas; *tatase*, dar bofetadas; *taclupupç*, batir huevos; *tacatacaa*, golpear; *pulump*, gordo; *zololóe*, gotera; *yhéump*, hueco; *xalá quiquíps*, lechuza; *tactóe*, quebrar nueces; *ucc*, beber, etc.

De las palabras lules, aún usadas en nuestro idioma, como si fuesen castellanas, no recuerdo por el momento sinó *yapaa*, añadidura, y *saneu* ó sanco, comida de salvado de maíz. La palabra *poroto* ó *poloto*, también es lule, por más que todos la tengan por española de raza.

Todos los numerosos *gasta* de nuestros pueblos, son lules.

Groussac piensa, en sus apuntes históricos, que la lengua del antiguo Tucumán era el quíchua, basado en gramática lule.

Hasta aquí el P. Machoni y los que le siguen, que lingüistas muy respetables no quieren saber nada con el lule en el

Tucumán. Sea esto dicho para salvar mi opinión al respecto, lo mismo que si *lule* ó *tonocote* son una misma lengua.

V

Réstame, por fin, hablar del *kechua* ó *quichua*, al que voy á dedicar algunas páginas, por ser el idioma del Tucumán en tiempo de la conquista castellana, con tanta más razón cuanto que es la más perfecta é importante de las lenguas que haya hablado la América.

El quichua, como se sabe muy bien, no es la lengua nativa de Calchaquí, pues fué el idioma del país recién cuando las huestes cuzqueñas penetraron triunfantes á estas regiones.

Oriunda del Cuzco, los Incas desparramaron la lengua en los países conquistados, á quiénes se obligaba á olvidar para siempre su idioma, de buen ó mal grado. Con este propósito los Incas acostumbraban llevarse al Cuzco á los caciques y principales de la corte del país conquistado, á los mismos que no se permitía regresar hasta que poseyesen bien el cuzqueño, que luego debieran desparramar en un pueblo. Aparte de eso, la enseñanza era obligatoria, y así dice el viejo cronista Sarmiento (Cieza): «Aún la criatura no hubiese dejado el pecho de su madre, cuando le comenzasen á mostrar la lengua que había de saber; y aunque al principio fué dificultoso é mucho se pusieron en no querer aprender más lenguas que las suyas propias, los reyes pusieron tanto que salieron con su intencion, y ellos tuvieron por bien de cumplir su mandato, y tan deveras se entendió en ello que en tiempo de pocos años se sabía y usaba una lengua en más de mil y doscientas leguas.»

Estas mil y doscientas leguas á que alude el cronista Cieza de Leon, son los dominios incásicos, en los cuales tenían los Incas como doce millones de vasallos. Por el Sur, Topa Inca Yupanqui, cruzando el Atacama, señaló sus dominios hasta el Maule. Por el Norte, su hijo, Huayna Capac, padre de Atahualpa, llevó sus conquistas hasta más allá del Ecuador, y agregó el reino de Quito al imperio, ciñendo en la capital extranjera el *Uauiu*. La madre de Atahualpa era hija del último *Scyri* de Quito.

Se ha indagado mucho sobre los orígenes del quichua, creyéndosele hijo de una lengua madre primitiva, que quizá sería asiática, y tal vez pelasga, como asevera el Dr. López.

Si el quíchua es dialecto de alguna lengua madre, parece seguro que ese dialecto nació con la civilización incásica, y que el Cuzco fué su cuna. Es por esto, sin duda, que el idioma de los peruanos denominábase *cuzqueño*.

Sin embargo, escritores serios aseveran que el quíchua llegó á hablarse en países desconocidos para los Incas. Velasco, por ejemplo, refiere que al llegar los Incas á Quito con sus legiones conquistadoras, sorprendiéronse éstos al oír que allí se hablaba su lengua quíchua.

Por lo demás, el quíchua parece emparentado ó tener muchas afinidades con el kakán y araucano. Con el *aimará* parece hermano.

Pasando ahora á los caracteres especiales de la lengua, el quíchua, como los idiomas orientales, es adversario á toda variación ó forma gramatical que pueda tener excepciones, de tal modo, que esta es generalmente fija. Es de una regularidad inalterable.

Los elementos que llegan á faltarle son suplidos por las partículas «de ornato» y las «interpuestas al verbo», que llegan hasta cambiar la significación de las palabras, como luego veremos.

La lengua tiene repulsión por todas las letras y sílabas de sonido indeciso: un quíchua no pronuncia jamás *ce*, *ci*, sino *ke*, *ki*, siendo bien determinado el valor fónico de la *k*. No tiene sino una sola declinación y conjugación. La construcción de las oraciones es singular, como luego veremos.

El quíchua, para decirlo todo de una vez, forma entre esa numerosa clasificación filológica de lenguas que se denominan *turánicas*.

Carece de nombres abstractos, ó, más bien dicho, no existen por sí mismos. Estos se componen del concreto y el infinitivo *ser*, hecho lo cual las partículas posesivas *mi*, *tú*, etc., califican el nombre. Así, para expresar las ideas de «blancura» y «bondad», se diría: *yurac, caniy*: «mi blancura»; *alli caniyiquí*: «tu bondad».

Sin embargo, hay palabras que parecen tener carácter de abstractas. *Pachucamae* es ejemplo notable de ello. Según Garcilaso significa «que dá ánima al mundo universo», pues que *Pacha* es «mundo universo», y *camae* participio presente del verbo *cama*, que es «ánima».

Curioso es observar que en esta lengua, que tiene tanto de gutural, la mayor ó menor expresión en la manera de pronunciar las letras ó sílabas, hace variar completamente el signifi-

cado de las palabras. Para demostrarlo con claridad, me valdré de un ejemplo del Padre jesuita, Juan de Figueredo: «Hay muchísimos vocablos, dice, que significan cosas muy diversas por sola la diferente guturación con que se pronuncian, como este nombre *tantá*, que si se le pronuncia hiriendo con fuerza la lengua en los dientes, significa el *Pan*; si se le pronuncia con alguna aspiración después de la primera T, tocando blandamente los dientes *thanta*, significa andrajo ó andrajoso; pronunciada sensiblemente como en Castellano *tanta*, significa junta ó congregación». Y de aquí *tantani* es juntar ó recoger. Así mismo este vocablo *Cara* tiene tres significaciones, según la guturación con que se pronuncia: haciendo la guturación blanda en lo último de la garganta, *Kara*, significa el Cuero ó la Piel, guturando, con alguna más fuerza en lo más exterior de la garganta, *Cara* significa pelada, calba; y de aquí: *Carama*, significa hombre calbo. Guturado en lo hondo del paladar con mucha fuerza: *Keara*, significa escosor, y de aquí *Kearamni*, escuso. Este nombre *Pacha*, si se pronuncia rompiendo los labios al aire con fuerza, *Ppacha*, significa ropa ó vestido, pero si se le pronuncia sencillamente *Pacha*, el lugar.»

Por lo demás, luego, al hacer un estudio de la guturación propia del idioma, daré una idea más cabal de la lengua; y desde ya puedo anticipar que este idioma nativo, por su estructura artística, sus combinaciones gramaticales, por su melodía, sencillez y claridad, es la más perfecta y pura de todas las lenguas americanas. Armonioso y suave, el quechua derrama en el acento melancólico de la *queua*, toda la poesía, todo el sentimentalismo del alma que cree, ama ó espera. ¡Cuán blandos y entusiastas no eran, según el testimonio de los cronistas, esos himnos de *hailli* ó de triunfo, que los españoles mismos entonaban en sus noches de insomnio, y que escuchaban los pobres indios encadenados en las vísperas del suplicio, estrellándose en su oído los viejos y dulces cantares de la patria como la maldición á la raza!

Refiriéndose al hermoso idioma quechua, tal vez, con cargado entusiasmo, un distinguido quichuista contemporáneo, escribía poco há: «es una lengua de la cual pocos filólogos se han preocupado hasta ahora, creyéndolo quizá algún resto de barbarismo, siendo ella la lengua más perfecta, la más armónica, la más elegante de cuantas se conocen. En ella no hay irregularidad alguna, ninguna anomalía; ella es muy clara y sencilla, grandemente expresiva, dulce, sentimental y melodiosa, cuya prosa si se habla con propiedad, es una poesía con-

tinuada y se presta con facilidad para cualquier composición, ya se tenga presente el pié, ya la rima; todas sus partículas son significativas sin que tenga cosa que se oculte á la inteligencia: en fin, es una lengua propia que se maneja por sí misma sin mendigar palabras ó frases, como hacen otras; que si el uso ó trato continuo ha introducido ya varios términos españoles, no porque ella carezca de modo para espesar dichas palabras, sinó que al contrario, sabe acomodarlas á su propio estilo con tanta precisión, como si fuesen suyast»

Al hacer una rápida reseña de las particularidades de la lengua quíchua, se debe comenzar por el alfabeto, respecto del cual debemos observar que su traducción á los caracteres castellanos no es del todo exacta, pues muchas veces nuestras letras no son equivalentes á los sonidos propios y guturación especial del quíchua.

Es también de advertir, que en la lengua cuzqueña no existen las letras *B, D, F, G, J, L, X*; y que aunque los cronistas escriban palabras quíchuas como *Inga, Cochabamba, Lanafca, Xauza*, y entre nosotros se hable de *Chumbicha, Guasan, Gualfin*, etc., todo esto, por las letras introducidas, es quíchua falseado ó corrompido al adoptarse á nuestra lengua, debiendo la *b* pronunciarse y escribirse *p*, así como *h* la *g*, en los ejemplos propuestos, advirtiéndose respecto de la *h* que en quíchua tiene una ligera aspiración. Respecto á la *L*, hágola figurar entre las letras que no existen, por cuanto su pronunciación ó valor eufónico es siempre *Ll*, doble. Sin embargo, encuentro en el famoso quichuista, el jesuita Diego de Torres Rubio, en su «Vocabulario» de 1610, que la *l* muy escepcionalmente no tiene sonido doble, como en *ppalta, lampa, laricava*.

Hay, por otra parte, que añadir que como á veces la pronunciación de las letras es diversa, variando el significado de la palabra, pues ora aquella se hace en la garganta, ora pegando la lengua al paladar, ó apretando los dientes, en el alfabeto latino correspondiente al quíchua convencionalmente los diferentes sonidos de una misma letra, se traducen añadiéndole una otra, del mismo ó distinto valor eufónico. Así se explica como en muchas ocasiones las letras *a, e, eh, h, ll, p, t*, etc., se escriban en esta forma: *Aa, Cc, Ch^{eh}, Chh^{ehh}, K^h, Kl^{eh}, Kj^h, Ll^h, Pp, Pp^{pp}, Tt, Th^h*, etc.

Cuando se dice *Capac*, por ejemplo, la *Ce* se hace en lo último de la garganta; *C-comer* en la más exterior, al principio del paladar; *Chhasca*, hiriendo con la lengua el comienzo del paladar, cerca de los dientes.

Respecto á la guturación hay que añadir que las sílabas más empleadas en ella son: *ca, co, cu, que, qui, cha, che, chi, cho, chu, ta, te, ti, to, tu, pa, pe, pi, po, pu*.

Hechas estas ligeras advertencias, hé aquí el valor que comúnmente tienen las letras del abecedario quíchua:

A: es siempre abierta, y su sonido corresponde filológicamente al *fa* natural; C: un poco más fuerte que en castellano; D: esta letra propiamente no existe, pues se pronuncia como el *th* anglo-sajón; E: es la *i* semivocal; H: como la *j*, con más suavidad; I: siempre fuerte como la *y*; K: se emplea como la *c*, y se escribe *ke* cuando la palabra se pronuncia formando la guturación en lo más interior de la garganta; LI: como en castellano, si comienza con ella la palabra; M: con pronunciación latina; N: como en castellano; Ñ: como en nuestro idioma; O: generalmente como *u*; P: como en castellano; Q: su pronunciación es muy variable, pues á veces suena sobre el glotis ó esófago; R: siempre suave, como en italiano, y en ningún caso como *rr*; S: tan suave como la *x*; T: su sonido varía con la guturación, y por eso se escribe á veces *Tt*; U: como en español; Y: con sonido fuerte, aunque á veces se confunde con la *e*; Z: con mucha suavidad, y comúnmente como *chh*.

La manera como suenan las letras que acabo de indicar, no es siempre constante, como lo dejé manifestado, pues hay casos escepcionales en que la guturación cambia el valor eufónico de aquellas, el que varía también según que la letra sea inicial, se halle en medio, al lado de vocales, ó al fin de las palabras. Otras veces una misma letra, como la *Q*, se pronuncia glótica ó epiglótica, «parecido al *qagarreo* de la gallina ó del gallo cuando hace su punto cromático en el gasnate al terminar su canto.»

Respecto á la pronunciación de las sílabas, dice Garcilaso: «La primera sea que (el quíchua) tiene tres maneras diversas para pronunciar algunas sílabas, muy diferentes de como las pronuncia la lengua española, en las cuales pronunciaciones consisten las diferentes significaciones de un mismo vocablo: que unas sílabas se pronuncian en los labios, otras en el paladar, otras en lo interior de la garganta.»

A estos motivos para explicar la dificultad de traducir exactamente los sonidos quichuas, hay que tener en cuenta lo que con tanta verdad dice D. Vicente Fidel López, de que «la equivalencia de los signos usados por los quichuas, respecto de los nuestros, son sonidos que cada pueblo representa con la

equivalencia de sus peculiaridades ortográficas. La organización fónica de las palabras indias, añade, muchas veces no es bien traducida á los signos y sonidos castellanos, por las grandes diferencias de la pronunciación.»

El quíchua, como nuestro idioma, tiene todas las partes de la oración. En aquel, como en los idiomas primitivos, los sustantivos y pronombres son neutros.

Para el *nombre* no hay más que una sola declinación; carece de género, y para distinguir la hembra del macho, el masculino del femenino, se anteponen al sustantivo las palabras *orko* (macho) y *china* (hembra). Se quiere, por ejemplo, hablar del macho ó la hembra de la *viskacha*, el *Ceuchi* ó la *alpaca*: entonces se dice en quíchua: *orko-viskacha* ó *china-viskacha*, *orko-Ceuchi* ó *china-Ceuchi*, *orko-allpaca* ó *china-allpaca*. Para hacer el plural se añade á los nombres la partícula *cuna* (*los, las*). En la declinación del nombre los casos no se conocen por las terminaciones, como en el latín, sino por la posposición hecha al nombre de las partículas: *p*, *pac*, *pa*, *cta*, *ta*, *man*, *y*, *pi*, *huan*, debiéndose en la aplicación de alguna de estas partículas distinguir si el nombre á que van pospuestas termina en vocal ó consonante.

Hé aquí la forma de la declinación, que en singular carece de nominativo:

Singular	Plural
.....	<i>cuna</i>
<i>p</i> ó <i>pa</i>	<i>cunap</i>
<i>man</i>	<i>cunaman</i>
<i>cta</i>	<i>cunácta</i>
<i>ah!</i>	<i>ah!</i>
<i>manta</i>	<i>cunamanta</i>

Tomamos, como ejemplo, la muy conocida palabra quíchua *coya*, y de acuerdo con las terminaciones anteriores, la declinamos en todos sus casos:

	Singular	Plural
Nom.	<i>Coya</i>	<i>Coyacuna</i>
Gen.	<i>Coyap</i>	<i>Coyacunap</i>
Dat.	<i>Coyaman</i>	<i>Coyacunaman</i>
Acus.	<i>Coyacta</i>	<i>Coyacunacta</i>
Vocat.	<i>Ah! Coya</i>	<i>Ah Coyacuna</i>
Ablat.	<i>Coyamanta</i>	<i>Coyacunamanta</i>

En los nombres sustantivos son muy usados los diptongos *ao*, *au*, *ay*, *ya*, *nay*, etc.

El *adjetivo* carece de género, número y caso, y se antepone al sustantivo, como si quisiéramos decir: mujer (*huarmi*) hermosa (*sunac*), *sunac-huarmi*.

Por lo demás, es rarísimo encontrar en quichua un nombre monosílabo, y el acento prosódico siempre vi cargado en la penúltima sílaba. De aquí lo poético del lenguaje quichua.

Hé aquí como se escriben los nombres *numerales*:

<i>Huc</i> (o <i>shuc</i>)	1	<i>Zocta</i> (<i>Socta</i>)	6
<i>Iscay</i>	2	<i>Çhanchis</i>	7
<i>Kimxa</i> (<i>Quimxa</i>)	3	<i>Puzac</i> (ó <i>Pusac</i>)	8
<i>Tawa</i> (ó <i>Tuhua</i>)	4	<i>Isccon</i> (<i>Iscón</i>)	9
<i>Picheca</i> (ó <i>Pishca</i>)	5	<i>Chunca</i>	10

Los pronombres *posesivos*, mío, tuyo, nuestro y vuestro, no se declinan, sino que se forman con la adición de ciertas partículas especiales, que para los pronombres citados son: *y*, *yqui*, *n*, *uchi*, *yquichic*. Así, por ejemplo, si queremos decir: «mi alpaca», «tu alpaca», escribiremos: *alppacay*, *alppacay-qui*, etc., del sustantivo *alpaca* (carnero de la tierra). Las partículas citadas, cuando van á unirse á un nombre terminado en consonante, se cambian en: *nuy*, *nuyqui*, *nin*, *ninchi*, *nuy-quichic*. Si queremos decir: «mi cáñamo», «tu cáñamo», añadiremos al sustantivo *Chhakuar* (cáñamo) estas partículas, escribiendo: *Chhakuarnuy*, *chhakuarnuyqui*. El pronombre varía aún en dos ocasiones más: si el nombre fuera participio de presente ó si se hace uso del pronombre *quiquiy*, que significa *mismo*, como *quiquiy*, «yo mismo», *quiyuuyqui*, «tu mismo».

El *verbo*, á semejanza del nombre, no tiene sino una conjugación y es activo, pasivo ó sustantivo. Tiene los modos indicativo, subjuntivo, imperativo, infinitivo y el denominado optativo.

En quichua hay que distinguir entre verbos simples y compuestos, pues á estos últimos se agrega la partícula *chi*, como si en vez de *munani* (yo amo), se dijese *munachini* (yo soy amado). Puede además el verbo, en sus transformaciones, llevar partículas epentéticas y afijas.

En la conjugación del verbo quichua, á semejanza del verbo regular castellano, aquel como éste tiene una terminación invariable.

Como mi propósito no es otro sino evidenciar en que el quichua obedece á una verdadera estructura artística, dejando

los otros tiempos, voy á limitarme á poner un ejemplo del presente de indicativo del verbo *muna* (amar), estableciendo la comparación con el correspondiente verbo castellano:

am-o	muna-ni
am-as	muna-qui
am-a	muna-n
am-amos	muna-ychu
am-ais	muna-nquichic
am-an	muna-n ó nc

El quíchua, como nuestro idioma, tiene también verbos irregulares, como *huaccan*, *tian*, etc.

El *adverbio* se forma de diez modos, generalmente añadiendo al nombre las partículas: *hina*, *caynínqui*, *caynínhuan*, *manta*, *lla*, *mana*, etc.

Casi todas las denominadas *partículas de ornato* son también adverbios.

La *preposición* se pospone siempre. Las principales son: *man*, *ña*, *pa*, *caylla*, *hahua*, *vra*, etc.

La conjunción es también copulativa ó disyuntiva, perteneciendo á las primeras las conjugaciones: *huan*, *pas*, *ri*, *ca*; y á las segundas, las *cayri*, *mana*, *ñispa*, *chu*, etc.

Las *interjecciones* quichuas son numerosas, y expresan todos los afectos del ánimo: entre las más comunes puede citarse las siguientes: *huua*, *aha*, *akh*, *attatay*, *hayhay*, *pactach*, *achusto*, *hik*, *ihiki*, *añallau*, *achallay* (hasta hoy tan usada, *achalay!* — qué oloroso!) *aa*, *munaylla*, *añay*, *abb*, *yaa*, *acaylla*, *atha*, *achoc*, *ah*, etc.

La construcción de la oración quíchua es diferente de la nuestra. La persona que hace y las partes determinadas anteceden aquella á quien determinan. La frase, por ejemplo: «Yo voy á Calchaquí á confesar al hijo del Curaca,» diríase en quíchua: «Del Curaca su hijo á confesar á Calchaquí voy.» *Curacap, chaurinta confessachiemi Calchaquiman rini*.

Las denominadas «partículas de ornato», á que más antes me he referido, son una singularidad en el idioma quíchua, pues muchas de ellas, si no son adverbios, no pertenecen á ninguna de las partes de la oración.

Las partículas de ornato, que añadidas á las palabras, ora modifican su significado ó introducen una novedad en las mismas, son: *ari*, *cea*, *ch* (para los terminados en vocal), y *cha* (para los en consonante), fuera de algunas otras. La partícula

chu, por carecer de significado propio, se asemeja mucho al *pa* de los franceses.

Del Padre Diego de Torrez Rubio extracto lo siguiente sobre el uso y valor de las partículas de que hablamos, sirviéndonos para mayor inteligencia de los ejemplos siguientes: si se interroga: *¿maypin yayaiqui?* (¿dónde está tu padre?), añadiendo la partícula *cha*, llamada de dubitación, se contesta: *maymancha*, (no sé dónde); *cca*, entra en las oraciones condicionales como *munas-cca ccohunqui* (me lo dirás *si quieres*); *chu*, que sirve para negar, ó más bien para forzar la negativa, se usa de esta manera: Pedro *manamicun-chu* (Pedro no come); *amaruray-chu* (no lo hagas). No hay que confundir estas partículas con las *cha*, *cu yacha*, *yeu*, *paya*, *rac*, etc., que se denominarán «partículas interpuestas al verbo,» las que mudan la significación ó le hacen decir lo contrario. Así tenemos: *apani*, llevar, interponiéndole la partícula *mu*, significa traer: *apamuni*, *cconi*, dar, con la interposición de la partícula *pu* se convierte en restituir *ccopuni*.

Cuanto suscintamente he espuesto sobre el clásico idioma, nos basta para formarnos una exacta idea de él, conocer su estructura artística y su belleza incomparables, lamentando que los filólogos, que no hay lengua oriental que no hayan estudiado, hagan á un lado la graciosa, espresiva y dulce lengua de los cuzqueños.

«El idioma quichua, dice el Padre Mossi, en su gramática y sintáxis, es riquísimo, lleno de artificio y de reglas muy preciosas, fecundo en variar los nombres y los verbos, suave y nada bárbaro, capaz de energía y número, armonioso y elegante, y que manifiesta ó arroja de sí mucha luz filológica para los aficionados al estudio de las lenguas, al mismo tiempo que acredita el talento de su autor y la cultura de los que contribuyeron á su lustre y perfección: y, finalmente, es un idioma completo, perfecto, sin anomalía y acabado en todo su mecanismo: un idioma que en sus voces presenta la más viva pintura del mundo primitivo y que la série de muchos siglos no ha sido capaz de corromper ni alterar un ápice su primera formación que sabe dibujar los pensamientos mas sublimes de la filosofía con la finura que le es propia y natural, y que por lo mismo es digno de ser cultivado, practicado y aún admirado de los mas sábios literatos del siglo XIX.»

Estas palabras, de cuya veracidad no pueden abrigarse dudas siempre que se conozca aunque sea los rudimentos del quichua, hablan bien alto del idioma de nuestros naturales y nos sumi-

nistran la más completa idea de su civilización, toda vez que el idioma es el modo de ser de un pueblo, el reflejo de su vida, la síntesis de todos sus progresos, que tienen palabras que los revelan en la lengua de los hombres.

Hé dicho más ántes, que el quíchua, por carecer de palabras agudas, es por sí mismo una poesía continuada, y que los conquistadores deleitábanse escuchando la poesía y los cantares armoniosos de los indios. Pues bien; el entusiasmo por el quíchua llegó á ser tal, que los castellanos mismos en más de una ocasión compusieron idilios, cantos, himnos, odas, y hasta dramas en quíchua, si es cierto que el *Ollantay*, representado delante de Tupac-Amaru en 1780, es tragedia castellana y no figura en el catálogo de las piezas del teatro peruano, lo que á no dudar es así por el carácter semi-europeo de los personajes y lo cristiano de las pasiones, que como la del amor, sería lasciva, lujuriosa y tropical, como la tierra en que nace. Según Ricardo Palma la crítica ha venido á demostrar recientemente que el cura de Sicuani, D. Antonio Valdés, gran conocedor de los teatros griego y español, fué el poeta autor del *Ollantay*.

Sea de ello lo que fuere, «las piezas peruanas, como dice un distinguido americanista, aspiraban á los honores de la composición dramática, sostenidas por los caracteres y el diálogo, y fundadas algunas veces en argumentos de interés trágico, y otras en los que por su carácter ligero y social corresponden á la comedia.»

Los *aravees*, como los cantores populares de Grecia, como los bardos de las baladas inglesas, como los poetas del romance castellano, como el *trouvère* normando y los cantores medievales, no solo han tomado como asuntos, para cantarlos en quíchua, el amor y la naturaleza, el cielo con su sol y sus estrellas, la tierra con sus auroras, crepúsculos y melodías, sino que los bardos nativos, en unión á los *amautas*, cantaban, como aquellos, á sus héroes y á sus Incas, y entregaban á la tradición y la leyenda las glorias de su estandarte de arco iris, los triunfos de los vencedores, á quiénes immortalizaba, como á griegos y romanos una hoja de laurel en las olímpidas, una corona de *flores del aire*, mientras la dulce *queua* acompañaba al armonioso *hailli*, el canto de los triunfos, suave como el arrullo de la *urpila*, ardiente como la corola de la *achicra*, candente como los rayos del *Inti* ó templado como el fuego sin calor del *tucu-tucu!*

A Garcilaso debemos una de las mas ligeras y sencillas

composiciones líricas de los peruanos, la que no resisto á transcribir, para que el lector regale su oído con la armonía del quíchua puesto en metro:

Cumac Nusta
Toralláyquim
Puyñuy quita
Paquir cayan
Hina mántara
Cunuñunun
Illac pántac
Camri Nusta
Unuy quita
Para munqui
Muy ñimpiri
Chichi munqui
Riti munqui
Pacha rúrac
Pachacamac
Viracocha
Cay hinápac
Churasunqui
Camasunqui

Hé aquí, para mayor abundamiento, el texto de un fragmento de himno que en el siglo XVII entonábase en los festivos religiosos:

Virgen Mariácta capay mamayquictun
Yallitachirreanqui Angel cunamanta
Inti, Coyllurmanta Ima, hayecamantapas,
Ashuanmi cumayachirreanqui.

Llumppac viccanmantam paccarimurceanqui:
Cruzpi huañuspart, equespichihuarecanquin:
Quinza ppunchhaumanta causarimpuspatac
Gloriaman ñatac ripurceanqui . . .

Ccampac gloria cachun, Dios Santa Trinidad
Viñay cay Dios Yaya: Jesus Dios Churinhuan
Espíritu Santo huan: quinza persona, huc Dios,
Ccampac viñay gloria Cacchun.

La quena, ya lo he dicho, era el instrumento favorito de los dulces cantares quichuas, y cuando la india apasionada la

escuchaba á la media noche, decía al importuno castellano: «Señor, déjame ir donde voy, sábetelo que aquella flauta que oyes en aquel otero me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza ir allá, que el amor me lleva arrastrada...»

Para terminar réstame decir cuatro palabras sobre el signo de trasmisión ó vehículo de la idea, la escritura, desconocida de los quichuas, que solo usaban los *quipus*, al parecer empleados por nuestros andalgalenses del siglo XVII, los que quizá tendrían su *quipucamayus*.

Era el quipus una faja de hilos de diferentes colores, como medio metro de largo, perfectamente retorcida, como una trenza. Los colores del hilo eran la indicación de la idea: un hilo rojo, por ejemplo, decía guerra; otro blanco, significaba plata; el amarillo, oro, etc. Los nudos eran los números.

Fácilmente se comprende que semejante medio de trasmisión era lo más rudimentario que pudiera imaginarse en materia de escritura, é infinitamente más indescriptible debería ser un quipus que el más complicado y enigmático de los geroglíficos. En efecto: no era posible que los colores, por más combinados que fuesen, pudieran expresar los miles de palabras del vocabulario quichua; y si se objetase que á cada color correspondería una idea ó serie de ideas, ya puede comprenderse la inmensa dificultad, si no la imposibilidad de aprender semejante escritura, mucho más ante la multiplicidad de los colores. Pero el objeto verdadero de los quipu era llevar cuentas, y nada más, como ya lo ha dejado establecido Ricardo Palma.

Los quichuas mismos, sin poderse entender con sus quipus, usábanlos como un gráfico resumen de lo que oralmente deberían transmitir á sus oyentes, tal como hacían nuestros paisanos del Oeste en sus confesiones, cuando llevaban á los piés del confesor un atado de piedras en el *poncho*, representando las más pesadas, ó de colores más vivos, los pecados mortales, y los pedruzcos los veniales.

Y á la verdad, por más que este sistema mueva á risa, que salían al fin satisfechos confesor y confesado: el uno sabiendo que el paisano nada olvidaba, y el otro sin tener deuda que pagar ni culpa que guardar.

VI

No es raro en las viejas crónicas encontrar algunas veces la denominación de *Tucunán*, *Jurics* y *Diaguitas*, aplicada á la

gran provincia tucumana, y preciso es que nos demos cuenta cabal de esta denominación.

Otras veces, especialmente en las páginas de los cronistas chilenos, designase al Tucumán con los nombres de «país de los juríes» y «país de los diaguitas,» tomando en tal designación la parte por el todo.

Indudablemente que estas denominaciones no han sido hechas caprichosamente por los cronistas, como pudiera suponerse, cuando á más de diaguitas y juríes, propiamente dichos, hay en el Tucumán muchas otras *naciones* nó comprendidas bajo una ú otra denominación, por pertenecer á familias distintas. Y es que el nombre de *diaguitas* háse aplicado á las gentes de pueblo ó indios urbanos, é intertanto reservábase el de *juríes* á los indios poblados en las dilatadas campañas de la Provincia.

Con efecto: la palabra *diaguita* puede escribirse de este modo: *tíac-y-la*, que nos suministraría las fáciles traducciones de «morador, localidad,» trayéndonos inmediatamente la idea de «indios de pueblos» ó «gente que mora en pueblos» ó «que frecuenta pueblos.» *Jurí*, sería al revés: «gente de campo, rural,» ó sea *xuri, suri* ó *jure*, avestruz, que con el agregado de la partícula pluralizando el nombre daría *juri-y* «lleno de *suris*» ó «lleno de avestruces,» lo que nos suministraría una clara idea de lo que son estos indios, pues que los avestruces viven en lo más desierto, alejándose siempre de lugares frecuentados por el hombre. (1).

Refiriéndose á esta división de juríes y diaguitas, que explica ú las claras cuanto los cronistas querían significar con «Tucumán, Juríes y Diaguitas,» el distinguido americanista señor Lafone Quevedo, generalizando más la idea, dice: «Diaguitas serían los kakanes que se habían sometido al modo de vivir de los del Cuzco y habían adquirido su Lengua General; juríes, los que permanecieron en un kakanismo más puro de idioma y de costumbres.»

Indudablemente que como los *suris* han dado nombre á los *juríes*, estos animales serían un tanto sagrados para los tucumanos, lo que al parecer es así, pues que las cabezas de los *suris* no figuraban entre las de las aves y demás animales que los indios empleaban en las ruidosas bacanales del *Chiqui*, y además se los vé grabados en las urnas cinerarias.

(1) Después de esto, encuentro en el cronista Oviedo un párrafo en que dice lo mismo: que *juri*, es *suri*: lo que era, pues, conjetura mía, es una verdad.

La denominación propia de *juríes* y *diaguitas* está especialmente reservada para dos grandes tribus tucumanas: *juríes*, son los indios que vivían en el territorio comprendido entre el río Salado (de Santiago del Estero) y la actual provincia de la Rioja. Estos constituían una nación salvaje, muy belicosa, entregada sin freno á la embriaguez. *Diaguitas*, eran los indios que habitaban parte considerable de la Rioja, la región sud y sud-oeste de la Provincia de Catamarca, el valle del mismo nombre, en el centro, y tras del Ambato toda la zona que se estiende hasta el valle de Abaucán, así como una parte de lo que es hoy Tucumán.

Las diaguitas eran mucho más civilizados que los juríes, y constituían un pueblo numeroso, el que era poseedor de grandes tierras de labradío, dedicadas á la agricultura, como se recordará de los maizales en berza de los capayanes, cuando la llegada de Diego de Rojas.

Tan importante sería la nación diaguita, que gustaba á algunos gobernadores castellanos llevar el título de «Gobernador de los Diaguitas.»

Poblado era el territorio de la Rioja por *diaguitas*, *famatínus* y *guanacoles*, vecinos estos últimos de los *huarpés* de San Juan.

Propiamente es Tucumán la región *tonocote*, y su suelo era casi en su totalidad habitado por *lules* y *tafíes*.

Córdoba es la nación de los *comechingones*, y el sitio en que se encuentra la actual ciudad del mismo nombre, constituía el centro de esta vasta nación indígena, que comenzaba en nuestras grandes salinas, habitadas de este lado por *escalánitas* y *yamanaes*, indios con los cuales se dió el celeberrimo general Tejada.

Más allá, en las regiones del Chaco, vivían los *chiriguanos*, *mocovíes*, *tobas* y *guaicuríes*.

En Jujuy y Salta vivían los *humahuacas*, *huachuacas*, los *pulares*, aliados de los españoles, y al sud de Salta los famosos cuanto desgraciados *tolombones*. En seguida vivían los heroicos *químnes*, ya en la región santamariana, persistiendo aún con su nombre uno de sus pueblos. Los *calíanes*, en la línea divisoria de Catamarca, constituyeron la valerosa tribu condenada al destierro, juntamente con los *químnes*.

En nuestro Calchaquí, comenzando por el valle de Yocalhuill ó Santa María, vivían numerosas y belicosas tribus, que tanto han actuado en la epopeya de las cumbres. Este valle era poblado por *químnes*, *yocavíes* é *incamanas* ó *encamanas*.

En el Anconquiya, en la gran antiplanicie del Pucará, vivían los indios de Malli ó *mallengues*. En seguida los de *Singuil*.

Los mallis fueron transportados á Andalgalá, y *Malli* se denomina una de las fincas de viña más importantes de este pueblo.

Pobladas estaban las demás regiones calchaquinas de Catamarca, que hoy constituyen en la misma los departamentos de Andalgalá, Belén, Tinogasta y Pomán, por belicosas tribus. Habitaban el valle de Andalgalá los *andalgalenses*, y entre éstos los *tucumangastas*, *mallis*, *huachaschis*, y *huasanes*. En los valles de Bisvil y Famayfil, hoy Belén, vivían los *hualfines*, *culampajahos*, *malfines* y *fanaifiles*. Es de advertir respecto de hualfines que también los había en el valle santamariano. Siguen los *tuctumanaos* y *paccipas*, en el anchuroso valle de este nombre. Habitaban lo que es hoy jurisdicción de Pomán, los *pomanes*, *pipanacos*, *colpeños* y *bilichas*, estos últimos una legua al sud del pueblo de Colpes. En Tinogasta vivían los *abaucanes*, en el valle del mismo nombre, los indios de *Pituil* (Copacabana), *huatungastas*, *mayu-pucos* y *fiambalaos*.

Viénes en seguida los *diaguitas*, propiamente dichos, que continúan poblados en la Rioja, encontrándose un poco más allá de la línea divisoria los indios *puelistas*, como los de Machigasta y Aimogasta.

Cruzando las sierras de Siján ó del Ambato, dámonos ya con nuestros diaguitas *capayanes*, que habitaban todo el sud de la Provincia. Es preciso tener en cuenta que de origen diaguita eran también todas las tribus del oeste, escepción hecha de las santamarianas.

Era también diaguita el centro de la Provincia, y en los actuales departamentos de Ambato, Valle Viejo, Piedra Blanca y Paclín, vivían *choyanos*, *motimos*, *huilichas*, *paclingastas*, etc. Son puramente *jurtes* los indios que poblaban los hoy denominados departamentos de Santa Rosa, Alto, Ancaste y La Paz.

Esta ligera reseña de las principales tribus ó *naciones* tucumanas, por más suscita que ella sea, ha de servirnos mucho como clave para darnos cuenta exacta de los pueblos indígenas, actores de la epopeya de las cumbres.

VII

El señor José Victorino Lastarria escribió en Chile, por los años de 1844, una obra que llevaba por título: «Investigacio-

nes sobre el sistema colonial de los españoles,» hermoso compendio de la tradición araucánica, en el cual el historiador vanagloriábase de «la cordura de Colocolo, de la prudencia y fortaleza de Caupolican, de la pericia y denuedo de Lautaro, de la ligereza y osadía de Painanancu.»

Nuestro distinguido publicista, el señor Domingo Faustino Sarmiento, tan conocido por su americanismo, esta vez en una precipitada crítica de la obra de Lastarria, reprochábale con marcada insistencia haberse ocupado de los indios de nuestra América, «como si estos hombres salvajes (son sus palabras) perteneciesen á nuestra historia americana.» Luego, con todo el desdén de la crítica, manifiesta que no se debiera «principiar la historia de nuestra existencia, por la historia de los indígenas, que nada tienen de común con nosotros.» «Sobre todo, añade en otro lugar, quisiéramos apartar de toda cuestión social americana á los salvajes, por quiénes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia, y para nosotros Colocolo, Lautaro y Caupolican, no obstante los ropages civilizados y nobles de que los revistiera Ercilla, no són más que unos indios asquerosos, á quiénes habríamos hecho colgar y colgaríamos ahora, si reaparecieren en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla.»

Sarmiento, el mismo que esto escribe, dedicó largas páginas á sus guarpes de San Juan, como incitando á los historiadores á escudriñar los secretos de las razas primitivas.

Estoy en la más completa disconformidad con las ideas de nuestro gran publicista, que, atendidas, quitarían á nuestra naciente historia la más rica é inestinguible fuente de sus investigaciones, y á la poesía los elementos más preciosos y los motivos más luminosos.

Nada es más interesante para nosotros los americanos que el conocimiento perfecto de lo que fueron é hicieron las razas primitivas, cuando más no fuera que porque somos hijos del suelo que ellas habitaran antes que nosotros.

Fueron las indígenas los dueños de la tierra, en la cual nosotros hemos constituido naciones y gozamos de los beneficios de la libertad; y, tenga ó nó la civilización derecho á las conquistas á mano armada, arrebatando á los poseedores de los siglos las tierras en que nacieron y vivieron, algo, siquiera, no podrá negarse que se les queda debiendo, cuando más no sea que un recuerdo, á fuer de que no seamos más que unos usurpadores vulgares.

La historia de las razas primitivas es nuestra propia tradi-

ción, algo peculiar al suelo que habitamos, y que una instintiva y natural curiosidad, cuando más no sea, nos obliga á conocer. Si nuestros geólogos se afanan por saber de la tierra que habitamos; si nuestros naturalistas estudian con ahínco la fauna y la flora del país, ¿por qué se ha de dejar al hombre, el rey de la tierra, el genio pensante de la naturaleza, que inclina su frente cuando siente sus pasos?

Muchas de esas razas son las generadoras de nuestros pueblos actuales, los que llevan aún su sangre, sus virtudes y sus vicios; y triste sería la condición humana si no quisiera conocerse á sí misma en el pasado, viviendo solo para el egoísmo del presente.

«Un pueblo sin tradiciones de su origen, ha dicho muy bien un escritor argentino, encareciendo el estudio de las razas nativas, me parece que debe sufrir los mismos desconuelos del hombre que no ha conocido sus padres, y debe envidiar á los otros que gozan en los infortunios recordando los días en que se adormecieron al rumor de los cantos maternos. Por eso las naciones que no tienen tradición, añade, la crean sobre la base de la naturaleza y de sus caracteres fútimos; y es ese anhelo de iluminar el pasado el que ha forjado los grandiosos poemas bíblicos, de cuya sávia se alimentan las literaturas cultas de todos los pueblos.»

Pueblos bárbaros han sido los generadores de las razas que habitan la Europa actual, y en mucho tienen los europeos á los historiadores que se dedican á estudiar la vida de sus antepasados, porque desdenarles por el hecho de que hayan sido bárbaros ó salvajes, es como despreciar á nuestros padres ó nuestros abuelos porque fueron incultos ó rústicos, quiénes, por lo ménos, nos han dado existencia, descartando todo lo demás que pudieran habernos legado.

¿Por qué ese afán de los historiadores de Inglaterra, Alemania, Francia y España, por ejemplo, en conocer la historia de los bárbaros, sobre los que han escrito centenares de volúmenes? Porque esos bárbaros que se llamaron anglo-sajones, normandos, francos, visigodos, son los abuelos de aquellos pueblos, y porque todo lo que hicieron sus antepasados, aunque no sea más que crímenes, interesa á sus descendientes. Hasta por egoísmo, hasta por propia conveniencia, á fin de alinear respecto á las inclinaciones, tendencias, vicios ó defectos de cada pueblo, es indispensable la historia de sus generadores. La historia del desarrollo de nuestra raza argentina, por ejemplo, nos ha suministrado las más provechosas leccio-

nes de sociabilidad, como aquella de que debemos fomentar la inmigración caucásica para modificar el carácter típico de nuestra raza, pues sin duda que nuestro espíritu revoltoso y anarquista es herencia de la sangre de los indígenas, nuestros antepasados. «La anarquía crónica de la América del Sud, escribe el señor José F. Lopez, es la anarquía de la sangre mezclada de dos razas opuestas en su espíritu y en sus instintos.»

Con esto mismo ya se vé bien claramente que es forzoso ocuparse del indio en nuestras cuestiones sociales, y que no es posible desligarlo de ellas. Su sangre, que corre torrentosa por las venas de la generación actual, ha contribuido á darla su carácter típico, el que no es humanamente posible modificar sin cambiar la base química de la sangre. Entonces, pues, lo que quiere Sarmiento, por más que le repugnen nuestros indígenas, de separarles de toda cuestión social, es imposible, por los gérmenes que ellos han legado á la sociabilidad americana. Si nosotros fuéramos una raza que nada tiene de nativa; si nuestra sangre fuera puramente castellana, está bien, muy bien que prescindieramos del hijo de la tierra en toda cuestión social. Así podrán hacerlo los Estados Unidos, que conservan la pureza de su sangre de raza, y que han exterminado al indio de sus estepas; pero en este sentido son diversas las condiciones de la América Meridional.

El señor Sarmiento parte de un error lamentable: considerar á los indios como asquerosos salvajes, cuando ellos han tenido su cultura relativamente adelantada, pues que todo lo que se ha dicho respecto de las civilizaciones peruana y mejicana, es aún poco. La cultura araucana, es cierto, distaba mucho de la cultura quichua; pero de todos modos, y sean lo que hayan sido Colocolo, Caupolicán ó Lautaro, éstos son altos representantes del heroísmo humano, que la historia debe ensalzar, toda vez que cuando se trate de cualidades geniales ésta no distingue entre negros ó blancos, nobles ó plebeyos.

La historia de las razas americanas es, pues, nuestra propia historia; su tradición, la tradición de nuestra tierra y de nuestra raza; y, por lo mismo, al revés de lo que piensa el señor Sarmiento, yo digo con un escritor argentino contemporáneo: «¡qué gloria tan pura la que conquistarían nuestros literatos, nuestros historiadores, nuestros hombres de ciencia y nuestros poetas, si lograran con sus estudios, con su dedicación constante, reconstruir aquel período luminoso de nuestras razas primitivas, que se oculta, como las cimas andinas en las nieblas permanentes, en la oscuridad de la época prehistórica!»

Apartar al indio de la historia, es desdeñar nuestra tradición y renegar de nuestro nombre de americanos.

VIII

Hermosas, elevadas, imponentes, son las montañas que atraviesan en todas direcciones el suelo catamarqueño.

No bien el viajero ha pisado el suelo de esta hermosa Provincia, cuando ya divisa en lontananza la franja azulada de nuestras sierras, y á medida que avanza acércase á ellas y las contempla más grandes, más poéticas, ataviadas de lujo vegetal, con sus picos á veces coronados de nieve. En medio de la aridéz de la llanura, abrasada por los rayos de un sol ardiente, la montaña es una especie de esfuerzo ciclópeo de la tierra, que se acerca á las nubes, las cuales empapan las elevadas cimas con su húmedo sudor, dándolas vida y lozanía, cubriéndolas de yerbas y de flores.

Recién es ocasión de admirar la hermosura de la montaña cuando se penetra á su seno. Cada una de esas franjas azuladas, de tintes sombríos, más ó menos cargadas, que á veces parecen de la distancia láminas superpuestas, es un cerro ó una lomada á cuya espalda se abre un valle, lleno de vida y movimiento; cada una de esas negras arrugas de la sierra es una ancha quebrada, que desde la altura semeja una inmensa y verde sierpe, que desde las eminencias de granito se desliza á la llanura. En el recinto misterioso de la montaña hierve la vida, vibra la luz, canta naturaleza. Torrentes, aves, brisas, el éco y las voces parleras combinan una no interrumpida serenata. El ruido que hace la naturaleza en la montaña, es vago, indefinido, misterioso, huraño, mezcla confusa de rumores, cantos y zumbidos. Solo cuando se ha ascendido á la cumbre cesa el ruido, y el silencio comienza á acentuarse, hasta que se llega á un punto en que la soledad tiene profundos misterios, y en que el espíritu fatigado se repliega en sí mismo y medita en las luchas cruentas de la tierra, que aparece dilatarse á sus plantas en un inmenso océano de verdura. En la cumbre ya no hay torrentes, ni árboles coposos, ni pájaros cantores: allí únicamente habita el señor de la montaña, el magestuoso cóndor, que á lo mejor rompe el silencio del granito y llena el aire de silvos, cuando despliega las alas y co-

mienza á ascender en vuelos espirales, arqueado el cuello relictante y volviendo á uno y otro lado la cabeza nerviosa.

El panorama que desde lo alto de la montaña se abre á la ansiedad de la mirada, no tiene rival en la poesía gigante de la naturaleza. El llano se presenta á la vista como un mar terminado en polvorosas brumas, que forman parte del azul de los cielos; las colinas y mesetas se nos figuran el oleage de aquel mar de verdura; las aldeas y pueblos lejanos parecen islas de formas geométricas de un verde más resaltante que el de la llanura; los lejanos caminos parecen blancos hilos que caen verticalmente del cielo á la tierra, siendo en todo singular y extraño el fenómeno de las perspectivas.

El espíritu en las alturas parece respirar en una atmósfera de grandeza, y el corazón siéntese inspirado al contemplar en todas direcciones la belleza de nuestra pátria incomparable, viniéndonos de improviso á la memoria aquella estrofa del inmortal Andrade en su canto á San Martín, sobre la pátria contemplada desde los Andes.

En una ocasión, de una de esas elevadas cumbres, á la que trepé con muchas dificultades, al volver la vista al occidente contemplé en el confin del horizonte una larga y azulada franja, apenas perceptible, que de trecho en trecho confundíase con el fondo del cielo: era los Andes, la colosal Cordillera, más grandiosamente hermosa y poética que el viejo Himalaya, y de la cual escribía entusiasmado el cronista chileno Córdoba y Figueroa: «Y si célebre es el Olimpo porque las nubes excede, como ponderó el poeta, no deben ser menos plausibles estos montes que á ellos y á él se aventajan.»

Los Andes son el templo colosal de todas las religiones de América, y en ellos el misterioso dios Pillan tenía su régio trono entre el fuego y el humo de los volcanes, y el Sol de los Incas, para dormir, sus grutas seculares de granito y sus in-móviles y brillantes alcázares de nieve eterna.

No puede, á mi juicio, ponerse en duda que la región de las montañas es la porción más hermosa y poética de la pátria. Bella es, en efecto, la región de los rios y de las islas, con sus verdes costas y sus móviles camalotes; grandioso es el cuadro de la Pampa dilatada, con sus horizontes infinitos; en los rios y en la Pampa sentimos orgullo de ser hijos de esta tierra privilegiada, donde la naturaleza estalla en esplosiones de vida, derramando flores y sembrando nidos en todas las primaveras. Pero, ¿quién, después de conocer nuestras pintorescas montañas, las cumbres y los valles, las nieves y los

abismos, los variados cuadros que la naturaleza ha trazado en aquellas, puede dudar que la región de las montañas es el Edén de la poesía patria?

Pero volvamos á nuestras montañas.

En la región occidental y norte de la Provincia encuéntranse los dos soberbios cordones de serranías, el poético Ambato (*anpato*, como *zapo*) y el magestuoso Anconquija, (*Anconquiha* ó *Anconquihacca*, que significa: *la doble declinación del cerro*), separándose este último de las otras serranías algunas leguas al norte, para internarse á la poética provincia de Tucumán.

Son estos dos famosos cordones de sierras, de bello y salvaje aspecto, de ciclópea estatura, las montañas de la historia catamarcana, cuyas cumbres, valles y faldas fueron el teatro grandioso de la epopeya.

El Ambato y el Anconquija estuvieron habitadas en siglos anteriores por numerosas y turbulentas tribus, que vivían de las riquezas naturales que guardaban sus senos, los árboles frutales, las aves y las especies de animales de la tierra, que el indio apacentaba y domesticaba en grandes rebaños. En los valles la tierra era cultivada, y el maíz daba pingües cosechas.

El hombre es hijo de la naturaleza, en cuyos moldes parece que su espíritu se ha vaciado.

Las montañas catamarcanas han impreso su carácter á las razas que las habitaron. En su espíritu hay mucho de la dureza del granito, de la fragosidad de la cumbre, de lo inaccesible del abismo.

Si comparamos con la naturaleza los rasgos goniales de la raza, todo lo que en ella encontramos de típico tiene alguna semejanza con la montaña, ó con algunos de sus fenómenos físicos, desde su inalterable rigidez hasta sus repentinos estremecimientos. ¿Quién, en efecto, no percibe una secreta relación entre el carácter del indio, altivez, virilidad, superstición, misterio, concentración, astucia, orgullo y constancia, y todo lo que es peculiar á la montaña? La contemplación diaria, desde que el indio abriera los ojos á la luz, de la montaña gigante, de la cumbre inaccesible, del abismo silencioso, del torrente despeñado, de la tempestad rugidora, del cóndor hambriento y volador, naturalmente ha tenido que influir en el carácter del hijo de la tierra. «En el genio de toda esta gente parece, dice el P. Lozano en su «Historia de los Jesuitas del Paraguay,» que influya barbaridad la misma aspereza de sus eminentes Serranías...»

La lucha no interrumpida, constante y casi diaria con una naturaleza salvaje, abrupta, llena de accidentes y de asperezas, hace del indio un ser superior en todas las arriesgadas empresas, y le dá ese característico coraje para vencer todas las dificultades y obstáculos que se oponen á su paso.

El hijo de la tierra de tal modo ha asimilado en su espíritu la naturaleza que le rodea, que su vida fuera de las montañas es un constante suplicio. Prisionero en la batalla, en la vida de las ciudades de los llanos el indio perece de asfixia y de tristeza. En las encomiendas se vuelve una bestia insensible, y trabaja cuando siente en sus espaldas el látigo de sus amos. De ahí que los indios de las encomiendas, á pesar de la vigilancia y amenazas de sus señores, escapan el día menos pensado, y en larga caravana cruzan la llanura, sin reposar un instante, hasta no haber llegado á sus montañas. La fuga de Esteco, de pueblo tan lejano, es un ejemplo palpitante y conmovedor. Así como la salvaje vicuña, la oveja de la tierra, el indio no puede vivir sinó en la montaña, fuera de la cual el mundo ha concluido para él. Antes que la vida monótona de las ciudades, prefiere el sacrificio en la montaña, á la que anhela dejar el polvo de sus huesos.

El indio en la montaña es valor, entereza, bravura; en el llano se vuelve silencio, abatimiento, esclavitud, suicidio. En la guerra y su estrategia, ha mostrando siempre su carácter. Rara vez el viejo cacique reunía en la llanura sus huestes y presentaba batalla: la montaña es siempre su baluarte: sus rocas sirviendo de parapeto, las piedras de mortíferos proyectiles. Si es vencido, escúrrase por un desfiladero, llega á la altura, siéntase á descansar de la fatiga y desde allí contempla impasible al vencedor, quien padece de asfixia, cuando no rueda al abismo si intenta seguir sus pasos. En la cumbre, el indio vencido y aterrorizado por el desastre cobra nuevos bríos, cura sus heridas, medita en la guerra, fragua nuevos planes, y en una noche de luna, á la voz atronadora del gefe de las tribus, descien de otra vez á la falda de la sierra, á presentar nueva batalla al vencedor de la vispera. Si el castellano ha podido trepar á la cumbre, como aconteció en los cerros de Hualfin, el indio tiene á sus plantas el abismo salvador, al cual mira negro, silente, como al postrer refugio, y al cual se lanza sin vacilar, con la maldición en el lábio y la ira no domada en el pecho.

Por todos estos motivos los naturales construían sus fuertes en las alturas. La fortaleza de Chelemin elevábase magestuosa en la sierra andalgalense; el gran Pucará del Inca, que

medía algunas leguas de estension, en la antiplanicie del mismo nombre, sobre el imponente Anconquiya. El Ambato hasta hoy está cubierto de fragmentos de torres, murallas y trincheras de defensa.

La montaña es la cuna de la raza y la nodriza de sus caracteres geniales. Fué también su tumba. Allí, donde nació y vivió libre, encontró esclavitud y muerte.

En el granito de las cumbres están escritos, espareidos por aquí y por allá, los cantos de la epopeya.